Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 03

Tarea y futuro de las humanidades

Saldaña Guerrero, Rodrigo

1992

https://hdl.handle.net/20.500.11777/4289

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

TAREA Y FUTURO DE LAS HUMANIDADES

RODRIGO SALDAÑA GUERRERO *

Hay hostilidad hacia las humanidades fuera de este campo, incertidumbre con respecto a su futuro dentro de él. Esto no tiene nada de sorprendente, ya que la mentalidad social, lo que Galbraith llamó irónicamente la sabiduría convencional, ha evolucionado durante siglos en una dirección poco favorable al cultivo de estas disciplinas. Los seres son a la vez *individuales* y *relacionales;* es decir, tienen una identidad propia, pero tienden a crear en torno suyo una especie de campo de influencia, una prolongación que se entrelaza con las de los otros seres para su mutuo apoyo y general realización. Hacia el S. XVI se generalizó cada vez más la tendencia metodológica a separar a los seres para estudiarlos mejor y para que cada uno de ellos tuviera mayores oportunidades de desarrollo. De allí una tendencia a: 1) separar a la creatura de Dios, 2) producir una escisión en el interior de la persona humana, 3) dividir entre sí a los miembros de la sociedad, 4) descomponer los objetos de estudio en partes más simples, y 5) separar cada vez más al sujeto que conoce del objeto conocido. Ahora bien, debemos establecer una cierta distancia entre los seres para unirlos después más estrechamente. Lo malo, en la tendencia que reseñamos, es que no se supo, tras la separación, realizar esa más íntima reunión.

Ha habido una tendencia a desconfiar de lo bueno, lo seguro, lo comunitario, lo trascendente, a todo lo cual se descalifica como "soluciones demasiado fáciles"... a menudo sin aducir otro argumento más científico en su contra. Se tiende en cambio a aceptar automáticamente lo negativo, sin que haya argumento poderosos en su favor. Se ha ensalzado a los "maestros de la duda", encabezados por Marx, Nietzche y Freud, como si la duda fuera esencialmente más valiosa

* Profesor de la UIA-Golfo Centro.

que el conocimiento. Ya se comprende que ante este tribunal "científico" dispuesto a procesar y condenar a todo el mundo en nombre del nuevo dogma de la duda, las humanidades están sentenciadas de antemano. En general, gran número de teorías son desechadas sin examen serio, con frecuencia sólo para dejar lugar a otras que no están realmente mejor fundamentadas y que deben, inevitablemente, sufrir el mismo destino. Por contraste nos parece más científico el "anarquismo metodológico" de Feyerabend, al menos en cuanto que insiste que no se puede, en rigor, desechar una teoría sin antes tratar de reforzarla al máximo. Hay un elemento artístico en la ciencia, pero su presencia en ella solamente es legítima mientras no devore al científico central, a la búsqueda de la verdad.

El problema con la "sabiduría convencional" está en que se tiende a considerar sus contenidos como comprobados más allá de lo justificado con argumentos científicos, alterando el peso de éstos en favor de lo que está de acuerdo con sus tendencias y en contra de lo descalificado por ellas. Con tales supuestos la polémica con esa "sabiduría" puede degenerar fácilmente en un diálogo de sordos, especialmente si uno adopta una actitud similarmente dogmática. En otras palabras, hay que tener más cuidado del que se creía necesario al evaluar los argumentos, para no meter de contrabando nuestra propia posición, no bajo la forma de premisas no reconocidas, sino por lo que se refiere al peso que se le da a la evidencia, algo que es más fácil de hacer de lo que muchos piensan, dada la complicada red de inferencias que apoya nuestro conocimiento. También debemos precavernos contra el excesivo escepticismo, empero, ya que éste también da un valor indebido a los argumentos, en este caso por defecto. Tenemos aquí un resultado paradójico del enorme prestigio de las ciencias exactas en los últimos siglos: como gran parte de la evidencia con la que trabajamos no responde al ideal de las mismas, se hace constantemente más grande la tentación del escepticismo.

Cada vez adquiere más importancia el círculo hermenéutico propugnado por pensadores como Heidegger, Gadamer y López Quintás. El conocimiento humano se mueve desde lo ya conocido hasta lo menos conocido y, con la mayor comprensión así adquirida, regresa al punto de partida para profundizar en él más aún; va del conjunto a los detalles y regresa al conjunto. Lo que no se puede hacer es pasar del escepticismo absoluto al conocimiento, de la pura duda a la certeza. Por lo demás, este empeño es contradictorio, ya que en la duda, el error y la pregunta, debidamente analizados, se nos revela una mezcla de conocimiento e ignorancia y, por consi-

guiente, la base intuitiva de todo nuestro conocimiento. La intuición nos da los materiales para construir el edificio de nuestro conocimiento y las reglas que debemos seguir para construirlo. También adquiere cada vez mayor influencia la comprensión de la historicidad de la ciencia. Tras la soberbia histórica del positivismo (que tiene sus raíces en la altanería con que la ciencia renacentista despreció a la medieval en la que se encontraban sus raíces), la filosofía de la ciencia basada en la historia y la sociología del saber de Popper, Kuhn, Lakatos y Feyerabend, entre otros, está cambiando en sus cimientos la autocomprensión de la ciencia. Sigue enfatizando demasiado a las ciencias naturales y, correlativamente, menospreciando a las humanas. Una de las tareas más necesarias en este campo es la de ampliar y profundizar, a partir de un conocimiento empírico cada vez más rico de todas las ciencias (filosofía, teología, matemáticas, ciencias naturales y sociales, antropología, psicología, teorías del arte...) nuestra comprensión de su naturaleza común.

Creemos que la cultura tiene tres grandes funciones, que son las siguientes: *expresión de la personalidad humana* (prolongación de ésta en el ambiente, tratando de humanizar a nuestro entorno), *interpretación de ese ambiente* (comenzando por nosotros mismos y alcanzando todo el horizonte del ser) y *servir de campo común para la comunicación humana.* En torno a estas tres funciones y en relación con ellas se puede situar a las diversas disciplinas y mostrar el papel central que pueden y deben desempeñar las humanidades en la vida humana, precisamente como ciencias. Para entenderlo examinamos más detenidamente cada una de las tres funciones indicadas, para después profundizar en la manera como las diferentes disciplinas contribuyen a cumplir con ellas.

Se ha atacado bastante últimamente la concepción de la interioridad humana. Creemos, sin embargo, que se puede seguir utilizando esta expresión, con dos condiciones. La primera es que se esté muy consciente de que al hablar de "interioridad" se está usando una metáfora y, por consiguiente, que se tenga cuidado para no meter en los argumentos la espacialidad como si fuera algo demostrado. La segunda es que no se piense que la interioridad y la exterioridad son algo separado y hasta incomunicable. Por el contrario, la interioridad tiende a exteriorizarse, prolongándose por su entorno y a entrelazarse con las prolongaciones de los otros seres, en una comunicación de interioridad a interioridad que se ahonda con el tiempo y que solamente se ve frustrada cuando se da un encapsulamiento egoísta debido a una comprensión errónea del propio interés. Por lo que se refiere a los seres humanos, esta prolongación tiene dos

formas muy distintas entre sí (pero ambas importantes y hasta esenciales e indispensables), según se trate de relacionarse con otras personas o con el mundo no personal. El desastre ecológico nos ha demostrado, empero, que en todo caso se debe tener mucho cuidado de respetar la naturaleza de los seres con los que nos relacionamos.

Los imperialistas solían ver a cualquier terreno no ocupado por una potencia como algo vacío, que los llamaba para tomar posesión de él. Muchas tragedias se han derivado de esta peculiar miopía colonialista. La verdad es, sin embargo, que hasta los espacios no ocupados por otras creaturas inteligentes distan mucho de estar vacíos. Esto es algo que los primeros seres humanos entendieron perfectamente y que nuestra Civilización ha tendido a olvidar en los últimos cinco siglos. No se trata de tomar posesión sin más, como dueños absolutos, sino de entrelazarnos con los otros seres respetando su naturaleza. Eso no quiere decir que, como pretenden algunos ecologistas románticos, debamos dejar a la naturaleza no humana intacta. En primer lugar no es posible, ya que nuestra naturaleza nos impulsa irresistiblemente a cambiar nuestro mundo, a prolongar a nuestra humilde manera la obra creadora de Dios. En segundo lugar el precio sería terrible... algo que es muy fácil olvidar por quienes viven en un mundo artificial y sólo conocen a la naturaleza más o menos no transformada como turistas, si acaso. Es necesario, al menos hasta cierto punto, *humanizar* nuestro mundo. En esta tarea son importantes todas las ciencias, artes y demás disciplinas. Ya se comprende, empero, que nuestras relaciones con otras personas son más valiosas que las que tenemos con el mundo no personal (aunque todos los tipos de seres son indispensables para nosotros), y por consiguiente las humanidades tienen un papel especialmente significativo entre las ciencias, como también lo tienen las artes.

El ser humano está profundamente enraizado en este mundo e íntimamente relacionado, más allá del mundo, con Dios. Al perderse la concepción más relacional y dinámica del ser nuestra relación con los otros seres se ha hecho cada vez más problemática, hasta el grado de que, como ya hemos observado, el escepticismo se ha convertido en una especie de dogma, el cual está sin embargo en continuo conflicto con la base intuitiva de todo nuestro conocimiento. Debido a esa base nuestro conocimiento no es ni puede ser totalmente hipotético, pero como tampoco es totalmente intuitivo la inferencia y la hipótesis desempeñan también un papel central. Instalados radicalmente en el seno del horizonte del ser, nos movemos continuamente de lo más conocido a lo menos conocido y regresamos con lo así aprendido para profundizar aún más en lo primero. Una gran

parte de lo que creemos saber absoluto es, realmente, *interpretación*. Vemos al mundo a través de un marco intelectual interpretativo, y dentro de ese marco cuenta muy especialmente una visión del mundo que se forma y se transmite socialmente: la *cultura*. Ya se comprende que en el desempeño de esta función tienen especial importancia las ciencias en toda su diversidad, si bien la interpretación deberá estar siempre anclada en el conocimiento precientífico y preconceptual, e insertada en un sistema bien trabado. La insistencia obsesiva en uno u otro campo científico ha desdibujado en el pasado ese sistema, minando gravemente el cumplimiento de esta importantísima función, hasta el punto de que, paradójicamente, avances enormes en algunas ciencias han producido, de hecho, un retroceso en cuanto a ese cumplimiento.

Para poder comunicarnos con nuestros semejantes necesitamos tener mucho en común con ellos, más allá inclusive de un lenguaje común o, para decirlo de otra manera, el lenguaje incluye algo más que sonidos, palabras, sintaxis y todo lo que habitualmente asociamos con él. Hasta tal punto que quienes aparentemente hablan el mismo idioma pueden encontrarse incapacitados para comunicarse entre sí, por tener supuestos radicalmente diferentes. Para poder hacerlo se requiere un campo compartido que es, precisamente, la cultura. Con frecuencia se pierde de vista que ésta desempeña también un papel fundamental en la *comunicación* y, por tanto, en la unión de las personas en una comunidad y en el mantenimiento de la misma. Las artes juegan también aquí un papel esencial, junto con algunas ciencias y con otras disciplinas. Una vez más nos encontramos con el fenómeno de avance-retroceso: lo que tomado aisladamente puede parecer un gran avance en alguna disciplina, puede lesionar gravemente el cumplimiento de la función comunicativa de la cultura y poner en peligro la viabilidad de la sociedad entera.

Como ya hemos señalado, todas las disciplinas humanas realizan una aportación importante al cumplimiento de una u otra de estas funciones centrales de la cultura, y entre ellas es muy destacada la importancia de las ciencias. Según los azares de la evolución histórica una u otra de ellas ha ejercido sobre las otras un imperialismo que ha puesto en peligro la relación que hay entre ellas y el cumplimiento de su función conjunta. Debemos insistir en que cada ciencia tiene un método propio de acuerdo con su objeto formal. Si se entiende por ciencia un conocimiento riguroso, sistemático, probativo (como suele hacerse), la ciencia es un sistema de conocimiento en relación de fundamentación, y no se puede reducir todas las disciplinas que cumplen con esta concepción a una de ellas, por muy exitosa y deslumbrante

que pueda parecer en un momento dado, y no es nuestro objeto pretender para las humanidades el papel hegemónico que le negamos a las ciencias naturales (si bien insistimos en el fundador y radical que debe desempeñar la filosofía, con la metafísica como su núcleo esencial). No obstante, vamos a defender que las humanidades sí tienen un puesto especialmente importante, no por ser las rectoras de las demás, sino por el valor fundamental de la relación de todas las disciplinas con las personas que son sus practicantes y sus beneficiarias, es decir, con todos nosotros.

Las humanidades deberán por tanto ofrecer: *a)* una base filosófica en la que, partiendo de la dinamicidad y relacionalidad del ser, se dé una concepción del ser humano y de su entorno capaz de dar un sentido pleno y humanista a nuestra vida; *b)* una concepción de la ciencia que haga justicia a todas las variedades de la misma, y que las ubique en relación con ese sentido de nuestra existencia; *c)* una evaluación de la manera como las diferentes disciplinas cumplen con la función de *expresión* de la cultura (expresión que debe ser congruente con una concepción humanista de nuestra naturaleza, y con las cambiantes necesidades originadas por el carácter dinámico y relacional de esa naturaleza; debe incluir, y no en último lugar, el elemento lúdico); *d)* una evaluación de la manera como las diferentes disciplinas cumplen con la función de *interpretación* de la cultura (lo que quiere decir que cada ciencia debe cumplir no solamente con su misión específica, sino con la general de ayudar al ser humano a entenderse a sí mismo y a su entorno, a encontrarle sentido a la vida y a realizar ese sentido en sus circunstancias propias), y *e)* una evaluación de la manera como las diferentes disciplinas cumplen con la función cultural de *comunicación* (la sociedad y la cultura existen para que, mediante la convivencia y la colaboración, nos realicemos como no podríamos hacerlo aisladamente, y la comunicación es evidentemente de importancia vital en este punto. A nadie le basta con la expresión y la interpretación que puede realizar solo, de manera que para realizar nuestra misión en la vida necesitamos compartir esos logros personales, entrelazándonos para conseguir formas superiores de realización. Desde este punto de vista se puede y se debe hacer una incisiva crítica del arte y de la ciencia modernos, y de su significado en la vida de la sociedad en la que se originó; de su insuficiente difusión entre los miembros de esa sociedad ha surgido el frecuente recurso a la pseudo-ciencia y al pseudo-arte.

Naturalmente, el cumplimiento de esta misión orientadora de las humanidades exige una complementariedad entre las diversas disciplinas: las humanidades deben esforzarse por ofrecer esa guía, y cada

disciplina debe estar abierta a las influencias benéficas nacidas de las otras. Debe realizarse un esfuerzo integrador que una a todas las formas de realización humana en el servicio a todos los seres humanos. Todas esas formas tienen una importante doble función que cumplir en este esfuerzo, ya que no solamente deben hacer su propia tarea, sino que deben considerar sus relaciones con las otras disciplinas, y tratar de lograr la colaboración federal y democrática entre ellas para reemplazar al viejo imperialismo que tanto daño hizo. Por las razones indicadas, creemos que el papel de las humanidades en esta colaboración constituye una misión diplomática, planificadora y evaluatoria de importancia central para el éxito de la misma, que hemos tratado de esbozar en estas páginas y que proponemos, a manera de hipótesis, a la consideración de todos los estudiosos.